

PRIMERA PARTE

**RELACIONES INTRA E INTERÉTNICAS EN LOS
TERRITORIOS MERIDIONALES DE AMÉRICA DEL SUR
(FINES DEL SIGLO XVIII Y SIGLO XIX)**

**DINÁMICA HISTÓRICA DE UN ESPACIO CORDILLERANO NORPATAGÓNICO:
DE LAS PRIMERAS SOCIEDADES INDÍGENAS
A LOS ÚLTIMOS CACICATOS**

*Gladys Varela
Carla Manara*

Las tierras que conforman la actual provincia de Neuquén tuvieron históricamente la particularidad de ser un importante centro de atracción a causa de su estratégica ubicación y de sus variados recursos que, desde hace al menos unos 10.000 años, favorecieron una notoria convergencia y movilidad poblacional. Desde aquellos remotos tiempos, las tierras que hoy forman el vértice oeste de la norpatagonia comenzaron a gestar una historia rica en matices y especificidades que persistieron y se resignificaron a lo largo de los siglos y en diferentes circunstancias. Los sucesivos Estados colonizadores -incaico, colonial y republicano- buscaron la forma de ingresar primero y conquistar después las tierras fronterizas del sur y vencer así la tradicional resistencia que sostenían las poblaciones indígenas frente a cualquier intento de dominación. Este proceso permanece todavía diluido y fragmentado frente a la supremacía de una historia oficial que comienza a contarse a partir de la ocupación militar de las tierras neuquinas en 1879. El dominio de imágenes y presupuestos ideológicos en la historiografía tradicional, en muchos casos aún vigentes, tiende a tergiversar las reales connotaciones del proceso histórico en su conjunto.

Esta larga y compleja historia comenzó con la llegada de bandas de cazadores y recolectores que hace unos 10.000 años fueron dejando sus huellas, tanto en el norte como en el sur del territorio neuquino. Estas primeras ocupaciones humanas implementaron diferentes estrategias adaptativas y se movilizaron en busca de los más diversos recursos durante siglos. Cuando en el siglo XV de nuestra era surgió el primer avance imperialista sudamericano en manos de los Incas, estas tierras no pudieron ser conquistadas por la firme resistencia de los indígenas de la Araucanía que frenaron dicha expansión.

La influencia del incario llegó a la región de Atacama en el norte de Chile y al noroeste argentino. Desde allí hacia el sur existió una frontera impenetrable para el ejército del Tawantinsuyo, pero que pudo haber sido permeable a algunas influencias que no implicaron dominación alguna sobre los grupos indígenas de la franja cordillera surandina. Esta resistencia a la invasión incaica estimuló una mejor capacidad de respuesta frente a una posterior pretensión de conquista por parte de los españoles.

En el siglo XVI, los proyectos de exploración y colonización hispánica pusieron tempranamente en evidencia el especial interés que despertaban las llamadas “tierras del triángulo”, que pasaron a ser una frontera a conquistar, cada vez más codiciadas a lo largo de los tres siglos que duró el orden colonial. Recién los Borbones de las últimas décadas del siglo XVIII lograron una relativa pacificación en esta frontera siempre aguerida,

requisito indispensable para acceder al resto de las tierras patagónicas.

Sin embargo, a comienzos del XIX, los movimientos de independencia trastocaron las relaciones pautadas entre los indígenas y la Corona, generando niveles de conflictividad inéditos e involucrando directamente a las áreas fronterizas y a las poblaciones indígenas. En este contexto, las tierras del Neuquén se destacaron como área intermedia en una región fronteriza mayor, cohesionada por circuitos económicos que se extendían desde la Araucanía hasta las pampas bonaerenses, sin límites políticos ni jurisdicciones administrativas como las que conocemos hoy. Las tribus del norte y del sur de la franja cordillerana que controlaban los pasos andinos se convirtieron en los nexos necesarios para la comunicación, tanto hacia el Pacífico como hacia el Atlántico. El control de los pasos, causa de rivalidades y de disputas permanentes, fue uno de los factores que contribuyó a consolidar el poder de los cacicazgos emergentes hacia la segunda mitad del siglo XIX.

Desde que Buenos Aires se impuso como centro de poder revolucionario en 1810 tuvo entre sus prioridades concretar la conquista de las tierras del sur, pero la falta de recursos impidió avanzar sobre la línea de frontera. Mientras tanto, la franja surandina formó parte de un mundo fronterizo cuya diversidad no disminuía su condición de barrera resistente a la conquista del blanco. En esta franja se conjugaban varios problemas e intereses simultáneos: una población indígena con amplia movilidad y en proceso de conformación de importantes cacicatos; la marcada influencia que Chile ejercía en esa zona, obteniendo beneficios económicos a expensas de la Argentina; y la ubicación inmejorable de las tierras andinas para la comunicación norte-sur y este-oeste.

Dominar las tierras al sur del Colorado era el punto de partida para acceder al resto de los territorios patagónicos y así lograr la consolidación del Estado argentino. Recién hacia 1880, éste pudo efectivizar el dominio sobre las tierras sureñas y garantizar desde allí la entrada a las regiones más australes. La "campana al desierto" fue desde entonces el hito que otorgó historicidad al espacio neuquino, sustentado por la presencia de fortines y pueblos que fueron consolidando la soberanía argentina, augurando el "progreso" y relegando al olvido la larga historia que precedió a este desenlace.

En este marco, nuestro objetivo consistirá en presentar una síntesis articulada del amplio y complejo proceso anterior a la campaña militar para comprender la dinámica que impusieron las sociedades indígenas que controlaron estas tierras hasta fines del siglo XIX. Lo que hoy conocemos como Neuquén constituyó durante siglos un núcleo de vital relevancia en los proyectos de conquista de la Patagonia en su conjunto, pero todos ellos fueron decididamente frenados por las sociedades nativas que habían construido en este espacio un mundo con sus propios patrones culturales. La pugna por las tierras terminó por definir una frontera a la que ya no pensamos como una simple línea divisoria entre indígenas y blancos sino como un vasto espacio social de contacto y de conflicto interétnico en cuyo marco se desarrollaron múltiples relaciones. Desde esta perspectiva, el protagonismo de las sociedades indígenas se asume a la par que el

del blanco y las fronteras dejan de ser meros espacios periféricos de los núcleos de poder para convertirse en objeto de estudio en sí mismas. De igual modo, consideramos que los cortes temporales clásicos resultan artificiales frente a la complejidad del proceso estudiado. Por lo tanto, no plantearé etapas a base de rupturas sino de transiciones en cuyo seno los cambios comienzan a iluminarse.

El territorio neuquino en perspectiva

La actual provincia del Neuquén, localizada en el extremo noroeste de la Patagonia, con una superficie de 94.078 Km², fue conocida desde antaño como la "tierra del triángulo" por su forma triangular con base recostada sobre la cordillera de los Andes y el vértice opuesto sobre la confluencia de los ríos Limay y Neuquén. Por el norte los ríos Barrancas y Colorado la separan de Mendoza y por el sudeste el Limay, desde sus nacientes en el Nahuel Huapi hasta llegar a la Confluencia que la separa de la provincia de Río Negro.

La fisonomía de la región es variada: numerosos lagos de origen glaciario y montañas cubiertas de coníferas que reciben grandes precipitaciones, dominan el paisaje occidental. Por el contrario, el sector central se caracteriza por las áridas mesetas patagónicas. Cientos de ríos y arroyos recorren la región cordillerana formando el amplio sistema de los ríos Colorado, Neuquén, Limay y, finalmente, el Negro, formado por la confluencia de los dos últimos. Pero la mayor parte de su territorio soporta en mayor o menor medida una aridez que ha contribuido a completar su fisonomía en relación con la actividad humana.¹

Ya en la etapa prehispánica este territorio se convirtió en un área de convergencia entre diferentes corrientes poblacionales que provenientes de Cuyo, Chile, Patagonia septentrional y la región pampeana, fueron ocupando sus diferentes ambientes. La interacción de distintas culturas dio desde tiempos muy tempranos peculiaridad al espacio estudiado.

En este contexto, la cordillera de los Andes no fue un obstáculo para el contacto intercultural por la existencia de pasos de relativa altitud que facilitaban una dinámica circulación de bienes, individuos y tradiciones. Así, la variedad de recursos, la diversidad ambiental, la abundancia de agua, los refugios naturales (malales) y los valles apropiados para la vida humana, fueron desde siempre factores de atracción. Asimismo, las "tierras del triángulo", favorecidas por su posición estratégica, se convirtieron en un nudo de caminos, permitiendo un tránsito fluido desde el Pacífico al Atlántico, situación que se fue complejizando a lo largo de toda la historia colonial.

A partir de la conquista española, las tierras del Neuquén pasaron a integrar

¹ Atlas de la Provincia del Neuquén, COPADE, 1982.

paulatinamente un espacio fronterizo, articulado económica y socialmente a otras regiones: pampa húmeda, pampa seca, nordpatagonia, sur de Mendoza y Chile. El análisis de esta articulación interregional conlleva a pensar a las distintas regiones como partes funcionales de una macro región. Esta articulación dinamizó el funcionamiento de circuitos económicos y estimuló la permanente movilización de los diversos grupos indígenas involucrados.

Con el quiebre del Estado colonial y el advenimiento de los movimientos independentistas se evidenciaron cambios profundos. Sin embargo, éstos no alteraron demasiado el orden preexistente en las fronteras indígenas del sur, aunque sí existió una mayor conflictividad como producto de los vaivenes políticos y la pugna facciosa en la que los grupos indígenas se plegaron activamente. Este contexto propició las condiciones para la formación de cacicazgos en tierras neuquinas desde mediados del XIX, los cuales fueron finalmente vencidos por el Ejército nacional y posteriormente asimilados por el Estado.

Una historia de 10.000 años

La historiografía tradicional muestra una fuerte tendencia a estudiar el pasado del Neuquén a partir de la campaña militar de 1879, contando un proceso relatado y protagonizado por el blanco, destacando como hitos los triunfos militares, la fundación de fortines y pueblos, la llegada de colonos y, finalmente, el arribo del ferrocarril. Sin embargo, la verdadera historia es mucho más compleja porque incluye la otra historia hasta ahora sólo contada en fragmentos. Nos referimos a los pueblos indígenas, auténticos primeros pobladores de estas tierras y protagonistas de un acontecer que se remonta a por lo menos unos diez mil años antes del presente.

Sobre aquellos tiempos remotos, hoy en día conocemos mucho más acerca de la riqueza cultural de esos pueblos, de sus estrategias adaptativas y de sus procesos de transformación y cambio. Para comprender la complejidad de las primeras ocupaciones humanas recurrimos, sin duda, al aporte que nos brinda la arqueología, que, con bastante certeza, permite ubicarnos dentro del marco temporal y espacial adecuado para comprender los modos de vida de aquellas primeras bandas de cazadores y recolectores no especializadas. Estos grupos ingresaron a estas tierras aproximadamente hace 10.000 años utilizando refugios rocosos para protegerse de las inclemencias del tiempo. Tenían por entonces recursos tecnológicos sencillos pero apropiados para la caza de pequeños animales, cuya captura podía hacerse mediante el uso de trampas, por lo que se supone que para obtener una presa de gran tamaño los cazadores debían esperar la ocasión de que el animal estuviera muerto o herido.

Los arqueólogos han detectado los niveles de ocupación más antiguos en la cueva de Epullán Grande, al sur de lo que hoy es Piedra del Águila, con un fechado de 9.978 a.p. Los restos hallados demostraron que se trataba de cazadores de guanacos,

roedores, cánidos y edentados. Otra actividad relevante fue la recolección y almacenamiento de piñones y variados vegetales que completaban su dieta diaria.

Otras evidencias arqueológicas fechadas entre los 10.000 y 9.000 años antes del presente son las cuevas de Cuyín Manzano (9.920) y Traful I (9.430) en cercanía del Río Limay. La primera está situada en la margen derecha del río Cuyín Manzano, departamento Los Lagos. Desde épocas muy tempranas los habitantes del lugar fabricaron diversos instrumentos de piedra como raspadores, cuchillos, raederas y, algo más tarde, puntas de proyectil, perforadores e instrumentos para la molienda. Fueron cazadores de guanacos, zorros, *ctenomys* –pequeños roedores- y también recolectores de vegetales. En el caso de la cueva de Traful, localizada en la margen derecha del arroyo homónimo, los primeros ocupantes dejaron lascas de sílice, fogones y panes de ocre (pinturas). Hace 7.850 años antes del presente ya confeccionaban cuchillos, raederas, raspadores, puntas de proyectil y punzones de hueso. Cazaban guanacos, zorros, vizcachas y aves. Se destacan los restos de un párvulo (niño pequeño) y la presencia de fogones.

Desde hace unos 7.000 años antes del presente, las condiciones de vida de estos cazadores se fueron modificando a causa de la retracción de los hielos que produjo cambios ambientales favorables para la instalación humana. Estas circunstancias fueron aprovechadas por nuevas oleadas de pobladores que contaban con un instrumental lítico de mayor complejidad tecnológica que les posibilitaba confeccionar puntas de proyectil para la caza de guanacos, ñandúes y huemules. Elaboraron raspadores y cuchillos y pusieron énfasis en la recolección. Justamente esta actividad fue siempre significativa en la economía de estos grupos, tal como lo demuestra el sitio arqueológico Chenque Haichol,² en el departamento Picunches, donde los implementos de molienda aparecen reiteradamente en todos los niveles de ocupación. La recolección practicada por sus ocupantes apuntaba especialmente a la molienda del piñón de araucaria, fruto característico de la región cordillerana desde Cavihue hacia el sur. Los primeros cronistas que describieron a los indios pehuenches³ relataron que estos conservaban los piñones en silos subterráneos sobre los que corrían acequias para mantener la humedad del fruto durante todo el año. Se ha podido establecer que la harina de la semilla del pehuén fue tradicionalmente uno de los principales alimentos de la dieta diaria, costumbre que aún continúa vigente. Esa misma cueva, hace 2.000 años, fue nuevamente ocupada por grupos humanos que seguían practicando la caza y la recolección, pero habían aprendido nuevas técnicas: fabricaban cestos, tejían con fibras vegetales, decoraban y tallaban maderas y cañas.

Los arqueólogos han detectado otras estrategias adaptativas que variaban según

²Este sitio se encuentra localizado a 35 Km de la ciudad de las Lajas; es un punto de transición entre la estepa y los bosque cordilleranos cuya ocupación se inició hace unos 7.800 años (Fernández, 1990).

³Si bien en mapudungun los etnónimos terminados en *che* no se pluralizan, en este trabajo serán escritos en plural aceptando su uso más habitual.

las condiciones del lugar donde se asentaban los grupos. El conocimiento del medio permitía el buen aprovechamiento de los recursos de cada lugar y estación, lo cual debió haber favorecido un nomadismo estacional organizado en un ciclo de traslados anuales siguiendo determinadas rutas e itinerarios. Por ejemplo, aquellos que ocuparon la isla Victoria en el lago Nahuel Huapi pudieron practicar la pesca, consumir almejas y utilizar troncos para la construcción de canoas que medían más de 4 metros y que les facilitaban el acceso a la costa. Allí obtenían piñones, huevos de ñandú, además de cazar y realizar intercambios con otros grupos. Hace unos 700 años, estos mismos pobladores ya sabían fabricar vasijas de cerámica. Elaborar una vasija de arcilla significó poseer importantes adelantos técnicos y complejos conocimientos sobre manufacturas, materiales, decoración y cocción, todo lo cual permitió a los alfareros de entonces, elaborar sus piezas a través de un proceso de transformación química (Cúneo, 1998). Pudieron así fabricar diversos tipos de ollas, lo que les permitió cocinar variados alimentos y jarras para conservar bebidas.

Otro ejemplo significativo se encuentra en el Valle Encantado, a orillas del río Limay, donde además de la práctica de la pesca hay indicios de recolección de moluscos del Pacífico, lo que permite señalar algún tipo de relaciones con grupos del otro lado de la cordillera andina. También se encontraron restos humanos pertenecientes a un individuo que practicaría buceo, tal como se deduce de la presencia de osteomas en los conductos auditivos externos (Hajduk, 1991).

Otro tipo de actividad muy peculiar implementada por los nativos fue la explotación de las salinas de ríos y arroyos y de las minas de sal gema. Es de suponer que los indígenas del occidente cordillerano frecuentaban estas tierras en busca de ese necesario recurso de reconocida buena calidad. Tal es así que los primeros españoles instalados en Chile habrían seguido los mismos caminos largamente transitados por los nativos para procurarse dicho recurso. La práctica de la minería de sal en tiempos prehispánicos demuestra la complejidad de la economía de estos grupos de cazadores y recolectores, evidenciando estrategias adaptativas de mayor riqueza que los descriptos por la historiografía tradicional.

Se ha demostrado que desde el 1.200 de nuestra era la mina de sal de Truquico, localizada a pocos kilómetros de Chos Malal, ya era intensamente explotada por los nativos, quienes excavaban galerías de hasta 40 metros de profundidad para extraer bloques de sal con hachas de piedra enmangadas en madera. La actividad minera muestra una mayor complejidad que la usualmente pensada para cazadores y recolectores (Fernández, 1982).

Las "tierras del triángulo" como frontera colonial

Con la llegada de Pizarro a los dominios incaicos y la posterior creación del

virreinato del Perú en 1542, estas tierras ingresaron en los ambiciosos objetivos de la política colonial. A partir de 1550 comenzaron a llegar las primeras incursiones de españoles provenientes de Chile para procurarse mano de obra indígena, necesaria para el trabajo en las minas y en las encomiendas. También se organizaron caravanas que llegaron en pos de sal, minas de oro y plata, y tras la siempre vigente utopía de la ciudad de los Césares.

Las "tierras del triángulo" pasaron a formar parte de los proyectos de exploración y colonización para garantizar la formación de asentamientos hispanos estables, dado que aquellas eran un punto estratégico para la comunicación con el sur de Chile por un lado y, por el otro, constituían la puerta de entrada a las tierras patagónicas. Por tal motivo, varias expediciones provenientes de allende los Andes incursionaron en estos lares.

Pero no sólo el sector occidental de los Andes tenía interés en estas tierras, sino también desde la gobernación del Tucumán, más precisamente desde Córdoba, existió una fuerte preocupación por ampliar las fronteras de la llamada "Gobernación de los Césares" que comprendía desde el río Quinto hasta el estrecho de Magallanes (Nocetti y Mir, 2000). En 1621, el encomendero cordobés Jerónimo Luis de Cabrera, legitimado por capitulación de la autoridad virreinal, organizó una expedición que partió de Río Cuarto, llegó hasta el río Negro y luego a la Confluencia, para avanzar por el Limay hasta el valle de Cután, que probablemente fuera el valle del río Aluminé.

Este ambicioso proyecto pretendía la conquista y colonización del vasto territorio neuquino y es muy probable que el virrey, para concesionar estas tierras, haya utilizado el mapa del cartógrafo oficial, Lucas de Quirós, que ubicaba a la «Provincia de los Sezares» inmediatamente al norte del lago Nahuel Huapi y sobre la vertiente oriental de la cordillera de los Andes (Nocetti y Mir, 2000:40-41).

Estas tierras quedaron involucradas así en un litigio suscitado entre las gobernaciones de Chile y el Tucumán, provocando una serie de fricciones y superposición de intereses entre dos jurisdicciones del virreinato del Perú. Sin embargo, nuevamente la resistencia indígena terminó con la apetencia de los conquistadores y las tierras del sur no pudieron ser conquistadas, convirtiéndose en una verdadera utopía (Nocetti y Mir, 2000:37). De las relaciones de las jornadas a los Césares nos quedaron interesantes descripciones de los expedicionarios sobre los puelche de Chillén (nombre quizás relacionado con el lago o río Quillén) y de Cután. Los lugareños eran labradores que cultivaban trigo, cebada, maíz, lentejas, arvejas, papas y habas y poseían además carneros de la tierra (el hueque) y ovejas de Castilla. También pudieron observar cómo los puelche tenían contacto con grupos araucanos y con españoles de la frontera, incluso los del valle de Cután habían estado encomendados en Villa Rica, Osorno y Valdivia.

Ni las entradas esclavistas, ni las caravanas en busca de sal, ni la actividad de los misioneros, ni los intentos de exploración y colonización, lograron la permanencia estable de los españoles. Pese a las distintas estrategias de penetración, estas tierras continuaron en manos de los indígenas no sometidos y las tierras del Neuquén continuaron siendo una región estratégica, permanentemente codiciada sobre todo por las

autoridades de Chile y sus pobladores. Estos primeros contactos, aunque esporádicos, fueron generalmente violentos, generando levantamientos y resistencias por parte de los nativos, lo cual será un patrón de comportamiento sostenido hasta las últimas décadas del siglo XIX.

Este panorama de resistencia al invasor se observa claramente ya en las crónicas de las últimas décadas del siglo XVI, que dan cuenta, como vimos, de las alianzas que existían entre los indios puelches de Neuquén y las parcialidades de la Araucanía para en conjunto enfrentar a las huestes españolas. Estos contactos fueron delineando vínculos tradicionales en una frontera siempre resistente a la dominación colonial.

Pero no sólo los laicos intentaron incursionar en estas tierras, sino también algunas órdenes religiosas. Así, los jesuitas fundaron la primera misión en el Nahuel Huapi intentando evangelizar y pacificar a los grupos puelches y poyas. Se les atribuye a los misioneros haber introducido en aquella oportunidad los manzanos en el sur del actual territorio neuquino, cuyos frutos se convertirían, junto con el piñón, en uno de los productos más demandados para el consumo y el intercambio entre los grupos nativos. Hasta 1720, la acción de los sucesivos religiosos no tuvo demasiado éxito y los jesuitas se retiraron de la zona abandonando sus instalaciones.

Mientras tanto, a lo largo del siglo XVII, la relación entre los grupos indígenas de uno y otro lado de la cordillera se había intensificado, sobre todo debido a la demanda sistemática de caballos que los transcorderanos necesitaban para la guerra y que los nativos instalados en las tierras del triángulo adquirían en las pampas bonaerenses. Para esa época, el Padre Rosales, al escribir su historia, dejó constancia de que los indios de Epu-Lauquén ya utilizaban caballos, ampliando así su movilidad y capacidad de desplazamiento fuera de la región, provocando un fortalecimiento de las relaciones inter-étnicas. Desde este siglo se habrían empezado a delinear los circuitos mercantiles que se consolidarían a lo largo del siglo XVIII, proceso que se vio complejizado, en el marco de las reformas borbónicas, con la expansión político-administrativa sobre territorios periféricos aún no conquistados.

Bienes y circuitos de intercambio

Para los indígenas de la nordpatagonia la extracción e intercambio de sal fue una actividad muy importante mucho antes de la llegada de los españoles. La evidencia más clara fue la explotación de la mina de Truquico a la que hicimos referencia. Los datos que proporcionó al respecto el jesuita Diego de Rosales en su recorrido por estas tierras en 1650 permiten corroborar la importancia y la permanencia de este producto en los circuitos de intercambio: "*Es grande el concurso de indios que van a estas salinas para su gasto y para contratar en otras provincias, y a Chillán traen los indios sal, piedras bezares y plumeros para feriar por cosas de poco valor*" y agrega que "*...hay caciques que son señores de aquellas tierras y salinas, y todos los que van por sal les piden licencia y le dan alguna paga...*".⁴

Desde los inicios de la conquista, la demanda de este preciado producto estimuló a las autoridades del Chile colonial a organizar arduas expediciones hacia el este de la cordillera. La búsqueda de sal implicaba la salida de grandes caravanas con recuas de mulas que, durante la primavera y el verano, cruzaban la cordillera para internarse en territorio indígena. Esto llevaba varios meses de preparación pues era necesario conseguir previamente una autorización o salvoconducto de los caciques y convenir la forma de pago. Uno de los primeros registros que tenemos data de 1553, cuando el Capitán Pedro de Villagra realizó desde la Imperial una expedición al otro lado de los Andes con la intención de buscar unas salinas, porque esta era "*cosa bien menesterosa y necesaria para la dicha ciudad y provincia por falta que de ella hay*".⁵ La sal era un excelente recurso para el trueque y, según el padre Espiñeira, hasta los caciques principales realizaban el intercambio: "*...por tener que salir con su sal a buscar trigo para su manutención del invierno*".⁶ El trueque se regía por equivalencias, así, una bolsa de granos de trigo era intercambiada por una de sal. De este modo, las minas y salinas de Neuquén, junto a las Salinas Grandes de la Pampa, que estaban bajo el control indígena, fueron los centros salineros más importantes que abastecieron a las colonias.

Dentro de los pocos registros disponibles que muestran la magnitud de este intercambio al otro lado de la cordillera, donde los hispanos-chilenos acudían a realizar las transacciones, encontramos un documento fechado en 1795 en Los Ángeles, haciendo referencia a una gran salida de 364 pehuenches y unos 30 chilenos a través de los boquetes de Antuco y Villacura. Los nativos llevaron 838 animales entre caballos y mulas para el transporte de 92.805 kilos de sal que intercambiaron por 74.635 kilos de trigo y 18 cargas de vino y algunas baratijas. Llevaban además 921 cabezas de caballos y 65 mantas.⁷ Es de suponer que existía una venta ilegal de productos que no fueron registrados por las autoridades, sobre todo buena cantidad de aguardiente y vino que los pehuenches habrían conseguido en esa oportunidad.

Con el tiempo, los indígenas sumaron a la sal otros bienes esenciales como los tejidos y los ganados, que aportaron gran rédito a la economía de las tolдерías e incrementaron los beneficios del trueque. Estos bienes circularon como monedas de intercambio tradicional en los circuitos de comercialización, permitiendo a los nativos obtener una diversidad de bienes que no producían, generando a su vez redes y compromisos interétnicos.

Las tolдерías eran verdaderas "fábricas u obrajes" de tejidos, donde laboraban

⁴Rosales [1877]: 325. Además de Truquico, el Padre Rosales registró una salina de cuajo ubicada al norte de Neuquén, tal vez en el arroyo Pichi Neuquén, lugar que proporcionaba sal de muy buena calidad y en gran abundancia.

⁵Colección de Documentos inéditos para la Historia de Chile, T XIII, citado en Villalobos, 1989:30.

⁶Espiñeira [1758]. En: Pinto Rodríguez, 1998: 247.

⁷Documento de la Biblioteca Nacional de Chile, Fondo Medina, citado por Villalobos, 1995:128.

esposas, hijas, concubinas, cautivas y esclavas que, con su producción, cubrían no sólo la demanda del mercado colonial sino también los requerimientos de la vida familiar y social. Las mujeres debían satisfacer las necesidades básicas de vestido y abrigo de su grupo doméstico; cubrir las redes de regalos e intercambios recíprocos con otras comunidades; entregar ponchos y mantas a su marido para el comercio con los españoles y, finalmente, permutar ellas mismas en la frontera el excedente por aquellos productos imprescindibles para la economía hogareña. Según el cronista Cruz, las mujeres *"también deben con sus labores comprar los trigos, maíz, ají, ñail, y en fin cuanto necesitaban en su casa"*.⁸

La magnitud alcanzada en este rubro es evidente cuando, al finalizar el siglo XVIII, en la frontera chilena podía calcularse que circulaban unos 60.000 ponchos al año (León Solís, 1990:177-221). La buena calidad de estos tejidos hizo que su uso se popularizara entre los pobladores rurales de Chile y aumentara la demanda de la producción textil. Esto fue aprovechado por los mismos indígenas para trocar los codiciados tejidos por armas. Ante esto, las autoridades declararon ilegal este tipo de comercio pero como éste siguió efectuándose finalmente se prohibió el uso de los ponchos indígenas, bajo pena de confinación en la isla de Juan Fernández.

Durante el siglo XIX esta actividad siguió siendo de vital importancia. Cuando Guillermo Cox visitó el sur de Neuquén, entre los años 1862 y 1863, observó que las mujeres parecían ser las dueñas de las majadas: *"Las chinas tienen sus cosas propias, como se puede ver por el ejemplo de las ovejas de Pascuala, y no sería extraño que casi todas las ovejas del Caleufú fuesen de la segunda mujer de Huincahual, cuando recuerdo el cuidado que tenía la china por hacerlas entrar todas las noches al corral"* (Cox, 1863: 162).

El trueque de tejidos no sólo se realizaba con los españoles sino también con otros grupos indígenas. Luis de la Cruz narra que las tribus ranqueles de Mamuil Mapu eran un importante mercado para los pehuenches del norte y los indios del sur del Neuquén -denominados huilliches por los cronistas- quienes todos los años pasaban a permutar ponchos por haciendas, obteniendo por cada uno de ellos entre doce y dieciséis yeguas.

Los ganados vacuno y caballar, principalmente, fueron ganando espacio en las transacciones comerciales en la medida en que Chile aumentaba la demanda de los mismos. Para satisfacer estos requerimientos los grupos cordilleranos comenzaron a trasladarse a las pampas bonaerenses, donde capturaban a los animales cimarrones para luego arrearlos al otro lado de la cordillera. Pero cuando estos comenzaron a escasear a mediados del siglo XVIII, indígenas e hispanocriollos entraron en competencia por el mismo recurso. En consecuencia, se sucedieron reiterados malones a las estancias fronterizas para seguir llevando los ganados a los mercados chilenos, provocando cada

⁸Cruz, Luis de la [1806]. En: De Angelis, 1969: 482.

vez mayor conflictividad a ambos lados de la cordillera.

En las tolдерías de mediados del siglo XIX, una economía ganadera con cría y reproducción de animales pone en evidencia una sociedad indígena excedentaria cuyos caciques mostraban capacidad acumulativa además de negociar bienes y dádivas que les entregaban los gobiernos para desmovilizar sus tradicionales malones. Estos son claros síntomas de la profunda transformación de los patrones indígenas que han sido resignificados para seguir frenando el avance del blanco.

La fluida circulación de bienes afianzó el patrón de asentamiento de los nativos del norte y del sur neuquino y dio lugar a un sistema de comunicación muy dinámico a través de una red de caminos que conectaba a estos grupos con los de Chile, sur de Mendoza, las pampas y la Patagonia. Estas redes, conocidas como rastrilladas, posibilitaron una diversidad de relaciones inter e intraétnicas e integraron económica y socialmente a las distintas áreas, pero también generalizaron los conflictos y las rivalidades por el acceso a los recursos, rutas y pasos.

Por la rastrillada del norte

En el norte, los pehuenches se articularon a partir del siglo XVIII como región de abastecimiento especialmente de los centros de Chillán, Los Ángeles y Antuco, que a su vez se comunicaban con el puerto de Talcahuano, en Concepción. Al mismo tiempo actuaron como nexo con la pampa húmeda, región productora de ganados donde los intercambiaban por sal y tejidos. Una vez obtenidos los arreos en la zona bonaerense de Tandilia y/o Sierra de la Ventana, cruzaban las tierras de Mamuil Mapu hasta llegar al río Colorado y desde allí se encaminaban a los campos de engorde de los valles cordilleranos en pleno otoño, época climáticamente propicia por la existencia de aguadas y vados en el cruce de los grandes ríos (De Angelis, 1969:231). Es probable que los lazos de parentesco y amistad con los ranqueles facilitaran acuerdos previos para organizar el tránsito y el arreo de los animales por sus tierras y su posterior cruce por el río Colorado (o Cobuleuvú) o por el río Barrancas (o Pichicobuleuvú).

Una vez que los animales llegaban a Neuquén se recuperaban de las largas travesías para posteriormente conducirlos a través de los pasos más transitados, especialmente el de Antuco-Pichachén que los conectaba con Concepción y el de las Lagunas de Epulafquen que los conducía a Chillán, trámite que realizaban sin mayores inconvenientes dado que algunos caciques tenían el control absoluto de los mismos. Más al norte, para comunicarse con Talca los pehuenches transitaban por el paso mendocino de Cerro Campanario.

Estos eran los boquetes más conocidos, pero existían otros cuyo control preocupaba a las autoridades chilenas, que debían patrullar continuamente para evitar la entrada o salida de productos ilegales.⁹ En algunos momentos se prohibió el uso de pasos situados al norte del río Nuble, priorizando como ruta oficial la de Antuco

controlada por las autoridades de la isla de la Laja, para realizar el intercambio junto al fuerte de Tucapel (Villalobos, 1995:126). En otras ocasiones se volvió a autorizar el tránsito por los pasos norteños, pero ante los abusos cometidos por mercachifles y comerciantes poco escrupulosos se restableció la prohibición.

En realidad, el paso por los boquetes andinos nunca pudo ser efectivamente controlado por las autoridades y a lo largo del siglo se intensificó el intercambio entre nativos e hispano-criollos y la circulación de bienes hacia un lado y otro de la cordillera. El trueque garantizaba a los indígenas surtirse de diferentes productos de origen europeo, algunos confeccionados con metal -como agujas, tijeras, cuchillos, estribos y armas- más vestimentas, adornos, bebidas y algunos cereales que habían incorporado a su dieta. A cambio de esto entregaban sal, caballos, vacas, ovejas, tejidos e indios cautivos obtenidos en sus guerras con los enemigos del sur.

Por la rastrillada del sur

Por el sur, los aucaces trocaban con Valdivia y para ello iban hasta las sierras del Volcán a buscar ganado a pedido de los valdivianos, que luego intercambiaban por productos que acostumbraban consumir. Como ya vimos, los tejidos indígenas de gran calidad y la sal eran los otros productos más solicitados que los valdivianos todos los años venían a buscar al este cordillerano.

Los indígenas que se aprovisionaban en las pampas bonaerenses, después de cruzar el Colorado, atravesaban por un paso localizado en la isla de Choele Choel, con numerosos vados que permitían transitar los arrees de la margen norte al sur sin mayores problemas. Eran tierras de abundantes pastos y muy transitadas por los grupos que se dirigían al Bajo de Valcheta, a la meseta de Somoncuro o a las tierras del sur de Neuquén, para llevar el ganado a los de Valdivia debiendo para ello cruzar el río Neuquén a la altura del Paso de Indios o descender el Limay y, por alguno de sus afluentes (Picún Leufú, Sañicó, etc.), penetrar tierra adentro.

Una vez llegados a la cordillera, en la franja comprendida entre los paralelos 39° y el 40° de latitud sur, existían según el padre Rosales ocho boquetes posibles hasta llegar a Villarrica. Sin embargo dos eran los pasos más transitados, el de Mamuil Malal o Trómen, que pasaba al norte del Volcán Lanín, y el de Paimún o Trancura que rodeaba al volcán por el sur (San Martín, 1940:27).

El intercambio también se realizaba a nivel inter tribal, especialmente entre los aucaces y los tehuelches del Collón Curá, a quienes los primeros les trocaban productos agrícolas más piñones y manzanas, por pellejos y caballos. Tal como observó el padre Menéndez, la antigua misión de los jesuitas en las proximidades del Nahuel Huapi se

⁹Fray Angel de Espiñeira en 1758, durante su recorrida por la zona de Guañacos, donde se entrevistó con los caciques pehuenches, observó que la vigilancia no era eficaz. En: Pinto Rodríguez, 1998: 3-34.

había convertido en un punto de encuentro para el intercambio con los tehuelches de San Julián, que venían cargados con sus pieles y plumas. Datos aportados años más tarde por D'Orbigny (1999:321) demuestran que la isla de Choele Choel se había transformado en otro sitio importante de reunión anual para el intercambio entre grupos patagónicos.

El dinámico intercambio que realizaban aucaces y pehuenches con las plazas chilenas fue incrementando notoriamente la demanda de ganados hasta alcanzar grandes niveles de comercialización. Así, los nativos se vincularon efectivamente en el siglo XVIII como intermediarios en un modelo económico más amplio en el cual Neuquén se articuló como región de abastecimiento de ganados, sal y tejidos, bienes que dinamizaron la tradicional rastrillada del norte y la del sur respectivamente.¹⁰

La lejanía con relación a los centros de poder virreinales y la resistencia tradicionalmente mantenida por los indígenas confirieron a este espacio un aislamiento muy conveniente para el funcionamiento de la región estudiada e imprimió un dinamismo propio a los circuitos mercantiles articuladores de espacios productores y espacios consumidores.

Patrones diferenciales de los asentamientos indígenas

Para el siglo XVIII los grupos que habitaban el actual territorio neuquino habían producido importantes cambios en su organización socioeconómica debido a la incorporación, desde siglos anteriores, del ganado traído por los europeos, en particular el caballo, que repercutió en los distintos órdenes de la vida indígena. Convertidos en pastores ecuestres, aprendieron a conocer y perfeccionar las prácticas de caza y cría de animales y organizaron sus actividades en un ciclo anual estimulado por la búsqueda de aguadas y abundantes pasturas para sus arrees.

Con el tiempo, los grupos nativos, tanto del norte como del sur, se convirtieron paulatinamente en los intermediarios necesarios para el funcionamiento del gran circuito ganadero que vinculaba la pampa húmeda con las plazas chilenas. Estos cambios se vieron reflejados en los patrones de asentamiento y en el manejo territorial, especialmente en el norte donde se asentaban los grupos pehuenches, donde la trashumancia se convirtió en una necesidad, determinada por la calidad de los recursos, y en una práctica tradicional que aún está vigente entre los actuales crianceros. El patrón de asentamiento adquirió características puntuales en el siglo XVIII. Por entonces, tal como observaron Ana M. Biset y Gladys Varela, *"la zona norte del Neuquén parece haber estado escasamente poblada. Las tolderías se diseminaban a lo largo de los valles, ocupando las cuencas del Reñileuvú, el Curí Leuvú, el Neuquén y el Varvarco. Es probable que cada unidad dispusiera de amplios territorios, permitiendo la rotación de pasturas sin*

¹⁰Este rol de intermediarios estuvo vigente durante todo el siglo XVIII y gran parte del XIX, como lo observaron Francisco Villarino en la obra antes citada y, más tarde, Guillermo Cox.

necesidad de grandes desplazamientos, posibilitando una permanencia relativamente estable en dos o tres campamentos a lo largo del año (veranada e invernada). Contribuyó a esto la condición ecuestre de los pehuenches, que les permitió controlar rodeos que pastaban en valles relativamente alejados de sus tolderías" (Biset y Varela, 1991).

En cuanto a la práctica de la veranada e invernada, puede explicarse como la adaptación ambiental del hombre enfocada a asegurar buenas condiciones para sus rebaños. Según Carlos Baied (1986) se trata de un sistema productivo que incluye la "apropiación" y "explotación" de animales y pasturas. De allí que sus campamentos de invierno y verano se localizaran en ambientes naturales complementarios. La búsqueda de agua, leña y buenos pastos a lo que se sumaban los factores climáticos, determinaron una movilidad trashumante que implicaba el traslado de las tolderías y animales a las zonas altas en primavera y verano (veranada) y a los valles abrigados con las primeras nevadas entre abril y septiembre (invernada).¹¹

Con relación al asentamiento de los grupos pehuenches del norte, tal como observara a comienzos del siglo XIX el viajero Luis de la Cruz, las tolderías no se localizaban al azar, sino que cada unidad familiar poseía determinados territorios, tanto de veranada como de invernada, donde tenían establecidos sus campamentos bases, pequeñas áreas que a lo largo del tiempo, y en muchos casos hasta el presente, se repiten como centro de ocupación humana.

Cada una de estas áreas constituía una unidad fisiográfica que tenía como eje un río principal, alrededor del cual se fueron estableciendo las tolderías, hasta conformar cada una de ellas una unidad económica autosuficiente y políticamente intercomunicada. Generalmente, el lugar elegido estaba conformado por un valle fértil, naturalmente resguardado y no fácilmente detectable desde los caminos principales. En aquellos casos en que disponían de gran cantidad de animales era común que buscaran nuevas pasturas, para lo cual se desplazaban por los amplios territorios que los circundaban, sin movilizar el campamento base y sin provocar roces con grupos vecinos cuyos asentamientos estaban relativamente alejados.

La idea del patrón de ocupación de por lo menos dos campamentos anuales, permite pensar en una residencia relativamente prolongada posibilitada por una buena adaptación ambiental y un aprovechamiento adecuado de los recursos, sin alterar las condiciones del hábitat.

Las tierras del sur neuquino también tuvieron características peculiares y presentan una modalidad de asentamiento indígena diferente de la del norte. La región del sur se caracteriza por la abundancia de lagos y bosques en la que los grupos cordilleranos denominados aucaces por Francisco Villarino, implementaron un estilo de vida más sedentario. Allí construyeron ranchos de paja, practicaron la agricultura y se dedicaron a la cría de ganado en las tierras alledañas al lago Huechulafquen, donde

¹¹Luis de la Cruz en el año 1806, al recorrer tierras pehuenches, observó las alternancias de los campos de invierno y verano, especialmente en la cuenca del Curi Leuvú, tal como lo reflejó en su diario de viaje.

residían.

Otro modo de asentamiento se observa en tierras extracordilleranas como las del actual río Collón Curá, en donde se encontraban las tolderías de grupos tehuelches que mostraban mayor movilidad espacial en pos de la caza y del intercambio.¹² Aucaces y pehuenches que residían en la zona de bosques de araucaria, defendían su territorialidad no permitiendo el ingreso de estos grupos de cazadores y recolectores¹³ para cosechar el piñón de araucaria, de tal manera que los tehuelche sólo podían obtenerlos al intercambiarlos por pieles y equinos.

Las fronteras del sur en la mira de los Borbones

En la segunda mitad del siglo XVIII surgió en la España borbónica un afán renovador bajo el estímulo de las ideas de la Ilustración. Esto derivó en importantes cambios institucionales tanto en la metrópoli como en sus colonias americanas. Para paliar la profunda crisis que por entonces atravesaba la metrópoli, Carlos III puso en práctica un plan de reformas que a corto plazo reactivaron los decaídos vínculos coloniales.

La creación del virreinato del Río de la Plata en 1776 y la promulgación del Reglamento de Comercio Libre que incluía la apertura del puerto de Buenos Aires, reorganizaron los dominios del sur americano y transformaron el orden colonial hasta entonces vigente. Esta reestructuración del espacio aumentó la conflictividad en la línea de frontera rioplatense entre indígenas e hispano criollos y comenzó a generar competencia por los recursos ganaderos.

Estas reformas fueron implementadas para asumir la defensa y el desarrollo del frente atlántico, siempre jaqueado por las ambiciones de las potencias extranjeras. Por este motivo se organizaron reiteradas expediciones de reconocimiento geográfico y científico de los territorios indígenas del sur, buscando nuevas rutas de comunicación que agilizaran el comercio entre las plazas chilenas y los centros atlánticos. Al mismo tiempo, se levantaron fortines que más tarde se transformarían en pueblos estables para garantizar la avanzada de los hispano-criollos en las tierras patagónicas. Tal es el caso de San José, en la península de Valdés, en 1779, primera fundación en la Patagonia septentrional, y del fuerte de Nuestra Señora del Carmen en la desembocadura del Río Negro. Un año más tarde se instaló la colonia Florida Blanca, en la bahía de San Julián. De todas estas fundaciones, la única que resistió el costoso mantenimiento fue el fuerte de Carmen de Patagones, que constituyó un centro relevante para las relaciones interétnicas en la línea de frontera.

¹²Villarino [1782]. En: De Angelis 1969: 969-1138. En la visión etnocéntrica del cronista estos grupos fueron definidos como cazadores nómades sin agricultura ni ganadería y con práctica de saqueo.

¹³Se trata del cacique Chulilaquin y su gente, asentados en el río Collón Cura y sus afluentes.

Más allá de la intención política de extender la frontera al sur del río Salado, en los ámbitos de poder no existía una total coincidencia acerca de la modalidad a implementar. Mientras algunos grupos económicos presionaban al virrey para adelantar la línea fronteriza hasta la otra margen del Salado para proteger a sus animales que lo cruzaban en tiempos de sequía, otros pugnaban por llegar más lejos e internarse en las sierras de Tandilia.

Cuando en la década de 1790 algunos hacendados cruzaron la línea del Salado y comenzaron lentamente a extenderse sobre las tierras productivas de los indígenas y a apoderarse del escaso ganado cimarrón que iba quedando en las pampas, entraron en directa competencia con las tribus. En consecuencia, el virrey y el cabildo de Buenos Aires tuvieron que lidiar contra el afán expansionista de los privados para seguir sosteniendo la política pacifista. Se intentó, aunque sin efecto, controlar y restringir las entradas a las tierras de vaquerías. La respuesta inmediata por parte de los indígenas fue la organización de nuevos malones que a partir de entonces recrudecieron los conflictos en la frontera bonaerense.

El virrey Vértiz, que siempre se había opuesto a la expansión sobre las tierras indígenas, reconociendo que no se les podía controlar efectivamente, pero consciente del peligro que implicaban los malones, se vio obligado a replantear su postura. Una vez más quedaba en claro para las autoridades virreinales que para lograr el equilibrio de las fuerzas en la frontera había que modificar las estrategias de relación. Si bien se cambió la política ofensiva por otra más defensiva, el corrimiento de la línea de frontera al otro lado del Salado, el levantamiento de fortines y la formación de fuerzas especiales como los Blandengues, fueron actitudes contraproducentes y provocadoras. A ello se sumó una serie de exploraciones geográficas sobre las tierras patagónicas como las de Félix de Azara, Basilio Villarino y los hermanos Viedma, que incursionaron tierra adentro generando desconfianza y resquemor en el seno de las sociedades indígenas.

La organización de parlamentos y la firma de tratados de paz y amistad formaron parte de una política de dádivas cordiales (provisiones, utensilios de hierro, telas europeas)¹⁴ entregadas a los caciques, para lo cual se acordó que las comitivas indígenas llegaran hasta Buenos Aires a recibir sus raciones, y así lo hacían desde lugares alejados como las Salinas o desde la Patagonia.¹⁵

Los parlamentos funcionaban como mecanismos de entendimiento, poniendo en contacto a los representantes de ambas partes en un tono de igualdad. Los acuerdos, afirma Jorge Pinto Rodríguez, eran ceremonias rituales que mantenían el equilibrio y aseguraban la tranquilidad (Pinto Rodríguez, 1998:24). Estos tratados políticos no garantizaban una paz duradera, porque los indígenas en ocasiones solían provocar una nueva situación de conflicto para obligar a las autoridades coloniales a renegociar sus beneficios. Al respecto, cabe retomar el informe presentado por A. O'Higgins en 1771:

"...hacen la guerra [se refiere a los pehuenches] contra los españoles cuando

se les antoja con la expectación de que siempre que les vaya mal, han de lograr la indulgencia de la paz, i ésta con la festividad de agasajos, que por la práctica de parlamentos se han entablado a fin de contentar a los indios..."¹⁶

Los parlamentos tendieron a inventar una tradición a través de la escritura, tradición que los indios harían suya, llegando a reclamar la organización de un nuevo encuentro cada vez que había cambios en el gobierno. La convocatoria regular a estas reuniones obligó a las comunidades indias a institucionalizar la delegación del poder en manos de intermediarios que tendieron a acumular prestigio y bienes (Bocara, 2002:85). Esto fue estimulado por las autoridades virreinales, que en ocasiones recurrieron al mecanismo de elegir al cacique-gobernador, promoviendo a los jefes con honores, agasajos, regalos y títulos. Privilegiar a algunos jefes buscaba mantener un diálogo que superara los inconvenientes propios de tratar al mismo tiempo con todos los loncos de igual jerarquía (Méndez Beltrán, 1982).

Los pactos asumidos con los grupos indígenas incluían también la cooperación contra enemigos comunes y la conciliación o intervención en conflictos intertribales. Esto se corrobora en el acta levantada en el parlamento a orillas de río Salado en Mendoza, en 1787, entre el Comandante de Armas y Fronteras de esa zona, José Francisco Amigorena, y la nación pehuenche. En estas circunstancias, éstos se reconocían como legítimos vasallos dispuestos a colaborar frente a las hostilidades de otros grupos, recibiendo a cambio ayuda militar para combatir a sus enemigos huilliches y ranqueles con los que mantenían tradicionales luchas intestinas.¹⁷ Estos compromisos contribuyeron a que los pehuenches fueran a la vez un freno para el avance de los araucanos dado que ejercían el control efectivo sobre los pasos fronterizos.

La violencia que generaban las luchas intestinas entre los grupos de la Araucanía, la Pampa y la Patagonia, era una de las principales causas de la inestabilidad en los dominios sudamericanos. Las autoridades decidieron intervenir como árbitro proporcionando ayuda militar a unos en detrimento de otros. Estando éstos ocupados en resolver sus rivalidades, disminuía la potencial amenaza para las poblaciones y haciendas hispano-criollas. De este modo, la adhesión de los pehuenches amigos a la política borbónica pasó a ser un factor clave para la pacificación de las fronteras agueridas.

Todo formaba parte de una estrategia global para asimilar paulatina y pacíficamente al indígena a la sociedad colonial. Estas modalidades fueron acentuando

¹⁴Para profundizar sobre los mecanismos de la diplomacia en la frontera sugerimos el trabajo de Lázaro Ávila, 1998:29-60.

¹⁵Algunos caciques patagónicos recibían los agasajos en Carmen de Patagones. Villarino [1782] en su paso por el sur de Neuquén, se entrevistó con el cacique Chulilaquín del Collón-Curá, que iba camino al fuerte a recibir sus raciones y regalos.

¹⁶Citado por Álvarez, 1972:81-83

la jerarquización y la distribución del poder entre los indígenas. Pero la política de pacificación tuvo un alto costo para las autoridades coloniales. Los elevados montos invertidos en obsequios para los caciques se obtenían del fondo del Real Situado, destinado al mantenimiento de las fuerzas militares de las fronteras que trataban de lograr la desmovilización de los grupos indígenas. Estos fondos eran de suma importancia porque, como bien sabían las autoridades coloniales, ante la falta de recursos suficientes se ponían en riesgo las lealtades obtenidas. Los antagonismos entre España y otras potencias europeas y las tensiones que existían entre los mismos hispano-criollos fueron aprovechados por los indígenas de las diferentes áreas fronterizas, haciendo tambalear los pactos preexistentes.

La fragilidad de estos acuerdos ponía constantemente a prueba la política de pacificación. En este marco de inestabilidad no se lograron todos los objetivos propuestos, pero al menos se consolidaron vínculos significativos con las sociedades indígenas, y los tratados comerciales fueron decisivos para alentar la tranquilidad. Ya en tiempos de las guerras de independencia estos vínculos garantizaron el apoyo que varios grupos indígenas dieron a los realistas para poner freno en conjunto el avance de los patriotas.

La clave del comercio fronterizo

Como vimos, la política borbónica planificó estrategias para un avance pacífico sobre los grupos aún no sometidos tanto en la frontera de la Araucanía como sobre la nueva frontera del Salado. Como las experiencias anteriores habían fracasado, se puso énfasis en estimular las prácticas del intercambio tradicional, porque éstas podían garantizar la paz entre las partes.

En el último cuarto del siglo XVIII, los circuitos ganaderos se complejizaron por la creciente demanda desde la Araucanía y por la exportación significativa de carnes saladas, sebos y cueros que manufacturaban los hacendados transcordilleranos, ampliando las redes capitalistas. En este sentido, la política apuntaba a que las fronteras dejaran de ser un objetivo de guerra para convertirse en un espacio articulador y conciliador de intereses de la Corona, de los particulares y de los indígenas. Con este fin, la política virreinal propició estrategias más diplomáticas que militares.

Así, el comercio fronterizo sirvió para impulsar el crecimiento económico, siempre que mediara la paz. Cualquier factor de tensión afectaba directamente el funcionamiento de dichos circuitos, de allí la permanente necesidad de realizar acuerdos

¹⁷Cuando el Comandante Amigorena nombró a Pichintur como cacique-gobernador de la nación Pehuenche, le entregó la insignia correspondiente, abundante aguardiente para celebrarlo y reses para el festejo en sus toldos. También Amigorena dio a los pehuenche el título oficial de soldados distinguidos de la Corona por su colaboración. Cfr.: "Acta del Gran Parlamento a orillas del Río Salado efectuado el 11 de octubre de 1787". Transcrito por Alvarez, 1972:116-118.

mediante parlamentos, tratados y regalos. El rol de intermediarios que asumieron los pehuenches y los huilliches en el funcionamiento de tales circuitos se definió en función del control efectivo que estos tenían sobre los pasos cordilleranos y sobre campos ideales para el pastoreo y resguardo de personas y animales. Estos recursos les proporcionaron una notable capacidad de negociación con los hispano-criollos.

La correspondencia de los capitanes de los fuertes que hacen referencia a las comitivas de indios que se dirigían a Buenos Aires a comerciar sus productos en lugares apropiados y prefijados, da cuenta de que también llegaban en verano partidas de indios chilenos y cordilleranos a intercambiar ponchos, mantas y chapeados por yeguas, vacas y caballos. De esta manera, ese intercambio acentuaba la dependencia de un grupo frente al otro, de allí la necesidad mutua de negociar las diferencias para equilibrar las fuerzas en el espacio fronterizo.

Garantizada la paz, una de las cuestiones prioritarias fue entonces la regularización de los compromisos asumidos con la sociedad indígena para estrechar los vínculos políticos. Una mejor comunicación era fundamental para controlar la situación de la frontera. Esto implicó quitar funcionarios corruptos y reforzar el rol mediador de los lenguaraces y capitanes de amigos, que hasta entonces eran válidos como árbitros o jueces hacia el interior de la sociedad indígena, y también implementar mecanismos de control sobre el tráfico de bienes demandados.

Las autoridades eran conscientes de que el comercio con el indígena no era un mercado muy atractivo donde colocar gran variedad de mercancías españolas, salvo algunas muy específicas, pero sí era una fuente necesaria para el abastecimiento de la sociedad hispano-criolla. Por lo tanto, se trató de mantener vigentes los circuitos comerciales desprendidos del espacio fronterizo con la idea de que los grupos que se habían beneficiado no vieran alterados sus intereses, garantizando así el statu quo.

Resulta interesante observar cómo durante las dos últimas décadas del siglo XVIII los indígenas no sólo aceptaron la paz con los hispano-criollos, sino que también tendieron a buscarla. La posibilidad de un mayor intercambio y colocación de sus productos en las plazas y fuertes españoles y, por supuesto, la abundante cantidad de dádivas y regalos recibidos, resultaban altamente beneficiosos. La paulatina diferenciación social que se fue operando en la sociedad indígena fue demandando una mayor cantidad de bienes exóticos de origen europeo, utilizados como símbolo de prestigio y riqueza. La paz era un buen camino para obtenerlos. La pacificación producto de arduas negociaciones, en definitiva, fue un buen negocio para ambas partes.

A comienzos del XIX, cuando Luis de la Cruz cruzó las tierras pehuenches en su viaje a Buenos Aires, verificó muchos de los aspectos ya comentados y pudo observar el intenso conchabo entre blancos e indios y la gran circulación de bienes hacia ambos lados de la cordillera. También dio cuenta de la cantidad de ganado que circulaba por las tradicionales rastrilladas activando las redes de intercambio. La sal seguía siendo un bien muy apreciado y los caciques poseedores de minas y salinas aumentaban su

prestigio. El viajero confirmó así el pleno funcionamiento de los circuitos mercantiles y el rol de intermediarios de los pehuenches (Varela, 2002).

Tensión con aires revolucionarios

La estrategia de pacificación que durante las dos últimas décadas del siglo XVIII y principios del XIX puso freno a los conflictos interétnicos, manteniendo cierto equilibrio en las relaciones fronterizas, comenzó a tambalear a partir de 1810. Las ideas revolucionarias trastocaron el escenario borbónico, pero en las fronteras interiores el pacto colonial siguió vigente, demorando durante varios años el avance sobre las mismas. Algunos cambios significativos se dieron recién en 1823, cuando una expedición liderada por el gobernador Martín Rodríguez fundó el Fuerte Independencia en las sierras de Tandil, logrando finalmente correr la tradicional línea del Salado. Entonces, el gobierno de Buenos Aires se enfrentó directamente con los grupos indígenas que se vieron privados de sus mejores áreas de producción ganadera. Los nativos, presionados por la insistente demanda chilena, convirtieron a los malones en verdaderas empresas económicas con el fin de conseguir el ganado solicitado. Al extender el gobierno de Buenos Aires la línea de frontera se afectaron los intereses de Chile vinculados a la dinámica tradicional de los circuitos mercantiles indígenas. Estos circuitos pasaron a ser codiciados por los mercados del Pacífico y del nuevo frente Atlántico simultáneamente.

El corrimiento de la frontera coincidió con la “guerra a muerte” que se había desatado en Chile después de la batalla de Maipú, en 1818. La derrota de los realistas propició la formación de una guerrilla concentrada al sur del Bío Bío, que fue legitimada por el último virrey del Perú como fuerza de resistencia al avance de los “sublevados” independentistas. En este contexto se organizaron las “montoneras fronterizas”, a las que definimos como grupos de guerrilla de conformación muy heterogénea, que organizadas en pro de la causa del rey, se movilizaron como un frente de oposición armada en la frontera sur argentino-chilena hasta 1832, cuando fueron derrotadas (Varela y Manara, 1998).

Esta guerrilla fue inicialmente liderada por el mestizo chileno Vicente Benavides, quien aliado con grupos araucanos pudo sostener una lucha sin cuartel contra los nuevos grupos de poder de Santiago (Manara, 2000). Cuando Benavides fue fusilado en 1822 el liderazgo recayó en los cuatro hermanos Pincheira, chilenos que habían estado integrando las huestes de la guerrilla desde el comienzo de la guerra a muerte. En particular el menor de los hermanos, José Antonio, fue quien concentró el poder de decisión a partir de 1822, cuando los grupos pro-realistas se asentaron en las tierras pehuenches del este cordillerano, donde permanecieron protegidos en los estratégicos valles de Varvarco y de las Lagunas de Epulafquen.

La convivencia de chilenos, españoles e indígenas aliados bajo la causa monárquica generó nuevas redes de lealtades e intereses en torno a los circuitos mer-

cantiles vigentes en las fronteras. Cada grupo contribuía con hombres, caballos, armas, contactos, recursos materiales e información, potenciando la capacidad operativa del conjunto. Por su parte, la contribución de los pehuenches fue esencial al autorizar el uso de su territorio, de los pasos cordilleranos y de los ricos valles del norte que los pincheirinos utilizaron para la instalación de los centros operativos que quedaron directamente vinculados a los circuitos de intercambio en pleno funcionamiento. A cambio, esta alianza favoreció a los pehuenches con el aumento de hombres, caballos y armas de la guerrilla, que sumados a sus malones incrementaron el volumen del botín incluyendo un buen número de cautivas blancas.

Esta unión de fuerzas permitió a la guerrilla autoabastecerse, perfeccionar sus tácticas de movilización y organizar malones efectivos en distintos frentes simultáneamente, logrando presionar a los independentistas, que se vieron obligados a negociar con tal de frenar la violenta movilización que efectuaban los grupos de resistencia a ambos lados de la cordillera. La alianza de los distintos sectores pro-realistas permitió una posición ventajosa frente a los precarios gobiernos republicanos, impidiendo el avance de las tropas regulares sobre la línea de frontera sur, siendo este uno de los objetivos centrales de las fuerzas guerrilleras (Varela y Manara, 2001a y b).

La primera aldea multiétnica en el norte cordillerano neuquino

A partir de 1818 comenzamos a observar factores de evidente impacto sobre el hábitat tradicional del mundo indígena. El patrón de asentamiento se vio modificado por el traslado de una numerosa población chilena que se sumó a los grupos de la guerrilla, conformando una aldea socialmente muy compleja y aún fiel a los patrones coloniales.

Los asentamientos de los montoneros fronterizos, especialmente en la zona de Varvarco, fueron muy estratégicos como refugio para todos aquellos que buscaban el amparo del caudillo Pincheira. Estos núcleos garantizaron protección para grupos muy heterogéneos, como desertores del ejército revolucionario, militares españoles, perseguidos políticos, hacendados y campesinos del sur chileno, caciques aliados, representantes del clero y hasta delincuentes comunes. A todos los actores sociales citados, debemos agregar las mujeres y niños capturados en los múltiples ataques a haciendas o villas y las numerosas familias transcordilleranas que emigraron por voluntad propia ante la pobreza y marginalidad que padecían del otro lado de los macizos andinos. Así se fue conformando una aldea poblada por más de 6.000 habitantes (Varela y Manara, 2001a y b).

Las casas de barro y paja típicas de allende los Andes comenzaron a levantarse cerca de las tolderías pehuenches dando forma a una aldea estable, donde las familias organizaban el trabajo para su manutención, y donde blancos, indígenas y mestizos iniciaron una compleja convivencia. Entre las escasas fuentes de la época que brindan información al respecto se destacan las memorias del Coronel chileno Jorge Beauchef,

quien relata detalles de su entrada a tierras de Varvarco en 1827. Beauchef describe que las casas de paja de los jefes principales eran grandes y cómodas y que estaban rodeadas de numerosas casuchas de cuero fácilmente transportables que eran ocupadas por una población de familiares y cautivos que seguía a los montoneros (Feliu Cruz, 1964; Barros Arana, 1876).

La comunidad de Varvarco, en medio de un espacio natural propicio, generó un modo de vida propio, satisfaciendo sus necesidades e imponiendo sus propias leyes de orden y justicia. La aldea central se articulaba a distintos campamentos menores que eran ocupados en función de la trashumancia tradicional que imponía el traslado del ganado de la veranada a la invernada. Un puente colgante sobre el río Neuquén facilitaba la comunicación y permitía una fácil circulación de personas y mercancías. Asimismo, siguiendo con la tradición colonial, se mantuvieron muchas de las costumbres familiares y religiosas, tal como lo refleja la edificación de una capilla, donde el Fray José Antonio Gómez, capellán del clausurado Colegio de Propaganda Fide de Chillán, seguía celebrando misas e impartiendo bautismos. También era común la práctica de juegos de azar, guitarreadas, cantos, bailes y las típicas carreras de caballos, entre otras actividades para el divertimento social.

Los grupos pincheirinos no sólo estaban asentados en el norte neuquino sino que también se extendieron más al sur hasta las márgenes del río Agrío, donde estaban las tolderías de los caciques pehuenches más importantes, como Neculmán, Toriano, Canumilla y El Mulato. Estos núcleos estaban intercomunicados con otros más alejados como Jirones, Payén Matru y El Manzanito, en Mendoza, y Chicalco y el paraje de Limay Mahuida en La Pampa.

En Chile, a su vez, la guerrilla mantenía centros de operación en Los Maitenes y Roble Huacho, más el asentamiento conocido como «la cueva de los bandidos Pincheira», en las cercanías de Chillán. Los numerosos pasos al norte de la cordillera como Copulhue, Las Lagunas-Alico, Pichachén-Antuco, El Saco y Barrancas, facilitaban el tránsito entre ambos lados de la cordillera. Desde los valles neuquinos los grupos de guerrillas accedían directamente a la región de Antuco y desde allí se comunicaban con Los Angeles, Concepción y diversas poblaciones vecinas. También fueron una constante amenaza para las fronteras de Mendoza, San Luis, Córdoba, Santa Fe y las pampas bonaerenses, extendiendo incluso sus malones hasta Carmen de Patagones y Bahía Blanca. Puede observarse que el radio de acción era muy amplio y que desde sus estratégicos asentamientos podían avanzar en distintos frentes simultáneamente, provocando inseguridad en las líneas de frontera y la dispersión de las fuerzas republicanas.

El contar con distintos asentamientos les posibilitaba refugios seguros frente al avance de las tropas enemigas. Aunque las fuerzas realistas pretendían ejercer el control efectivo del espacio fronterizo, el ejército chileno del sur fracasó en reiteradas oportunidades frente a estas guerrillas, porque cuando finalmente lograba acceder a uno de sus centros operativos lo encontraban despoblado y vacío de haciendas.

La organización militar de los realistas se benefició con el dominio que los indígenas tenían del terreno, rutas y pasos, logrando aventajar al enemigo.¹⁸ De tal modo que estos grupos podían sobrevivir en un medio fronterizo con mejores y mayores recursos materiales que las mismas tropas de la emancipación. Los circuitos mercantiles de la etapa colonial no sólo permanecieron vigentes sino que se acrecentaron con lo obtenido en los malones. Los últimos partes militares dejaron constancia de la abundancia de ganados que poseían los pincheirinos merced a los saqueos a las haciendas vecinas.¹⁹

En cuanto a la circulación de los cuantiosos arreos, los datos disponibles permiten inferir cuatro destinos principales. La mayor parte se destinaba al abastecimiento de los cientos de familias emigradas del sur chileno e instaladas en Varvarco y demás asentamientos, y al de los campesinos sureños que colaboraban desde Chile. El excedente era comercializado en los mercados transandinos con la colaboración de hacendados amigos que realizaban las transacciones comerciales que los montoneros, dada su clandestinidad, no podían realizar sin correr el riesgo de ser capturados al salir de sus refugios (Varela y Manara, 1999).

Estos mismos hacendados eran los que recibían parte del ganado maloneado en las pampas para luego obtener productos derivados (cueros, sebo, grasa) para su posterior exportación o para el abastecimiento de los centros trasandinos. También algunos comerciantes chilenos mantenían vínculos con los pincheirinos a quienes procuraban satisfacer en sus demandas, a sabiendas de que éstos manejaban buen caudal de dinero y por que además era un reaseguro para no ser blanco de sus ataques.

Finalmente, un porcentaje de los ganados se destinaba al intercambio con los políticos y personalidades influyentes de Chile y Mendoza a cambio de protección, información y suministro de armas. Por lo dicho, consideramos que en alguna medida los Pincheira activaron la economía fronteriza, dado que contaban con abundantes recursos que conseguían de manera rápida y efectiva, movilizandolos una red de contactos estratégicos. A tal punto que las autoridades, alertadas de la impunidad con que los emisarios pincheirinos conseguían los pertrechos bélicos, llegaron a prohibir la venta libre de pólvora en 1826.

Aumento de la conflictividad fronteriza

El panorama previamente descrito se complejizó con la entrada masiva de

¹⁸Los partes militares del Brigadier José Manuel Borgoño (1826) y del Gral. Manuel Bulnes (1832) coinciden en destacar que las incursiones a los valles neuquinos resultaban ser empresas muy dificultosas. Finalmente, el acceso a las tierras pehuenches fue posible en gran parte por la información proporcionada por ex-pincheirinos que fueron indultados por el gobierno chileno.

¹⁹Partes militares del Gral. Manuel Bulnes durante su expedición contra José Antonio Pincheira en 1832 se encuentran en Barros Arana (1876).

tribus araucanas que a partir de 1820 arribaron a territorio argentino escapando del avance de los independentistas en Chile. La penetración de grupos mapuches fue ganando espacio hacia el noroeste de Neuquén, donde ya estaban asentados los Pincheira, continuando su avance sobre los asentamientos de los tehuelches septentrionales de Río Negro, que fueron despojados del enclave estratégico de Choele Choel (Bustos, 1993:33). El impacto se dio también sobre los grupos pampas que perdieron su supremacía en lugares económicamente vitales como Sierra de la Ventana y Salinas Grandes. Los diferentes grupos comenzaron a competir por el ganado, el control de las salinas y las agüadas, y por el dominio sobre puntos claves en los tradicionales circuitos mercantiles.

Mientras tanto, algunos caciques araucanos se aliaron con las fuerzas separatistas con el compromiso de perseguir a las montoneras pincheirinas y a sus aliados. Esta situación generó nuevos vínculos y conflictos dentro y fuera de la frontera y empujó a los grupos indígenas a tomar partido por el bando realista o por el revolucionario, quedando activamente involucrados en las guerras de independencia. Evidencia de esto fue la entrada del cacique araucano Venancio Coñuepán, patriota de la primera hora, a las pampas argentinas en 1828, persiguiendo a los pincheirinos y a sus caciques aliados procurando desbaratar las alianzas que sustentaban el poder de los pro-realistas.

La ocupación de enclaves estratégicos por parte de los contingentes trasandinos no modificó sustancialmente el funcionamiento de los circuitos ganaderos ni el control efectivo que tenían los pehuenches y huilliches sobre los valles y pasos cordilleranos. Los acuerdos y relaciones de parentesco de los indígenas de Neuquén con las etnias provenientes de Chile aseguraron la obtención y circulación de los bienes en los términos tradicionales. Por lo que es probable que la alianza entre los Pincheira, araucanos y pehuenches, haya contribuido entonces a consolidar y a ampliar los circuitos mercantiles preexistentes.

La especial convivencia que se dio en el noroeste neuquino se vio afectada con la derrota del caudillo Pincheira en manos del General chileno Manuel Bulnes en 1832. En el momento de la captura de Pincheira, el campamento estaba compuesto por unos doscientos hombres armados y unos ciento cincuenta indios pehuenches, más numerosas familias que seguían voluntariamente a los montoneros o habían sido cautivadas.²⁰ El ejército de Chile logró desarticular los fuertes vínculos que habían sostenido a las fuerzas pro-realistas y desconcentrar a la numerosa población que se había asentado en los valles cordilleranos. Se repatriaron más de 2.000 mujeres trasandinas con el objeto de repoblar las regiones del sur chileno que habían sido abandonadas y se indultó a los arrepentidos. El ganado que Bulnes encontró en los campos ocupados por Pincheira, rondaba cerca de 40.000 cabezas robadas en las estancias mendocinas, las cuales, según denunciara el Coronel Manuel Olascoaga, fueron llevadas a Chile en lugar de devolverlas a sus dueños (Walther, 1964:253).

A los pehuenches la derrota les infligió un fuerte golpe con la muerte de tres de sus más importantes caciques, como fueron Neculmán, Coletó y Trocomán. Otros

jefes indios prefirieron rendirse y aceptar el indulto de las autoridades chilenas. La vida aldeana de la que los pehuenches habían formado parte por casi una década fue desbaratada, pero siguieron manteniendo el control sobre sus tierras y los circuitos mercantiles. La experiencia pincheirina dejó una herencia de viejas y profundas rivalidades que siguieron repercutiendo en las fronteras.

La pugna por el control de las fronteras

Con la desaparición de la guerrilla pincheirina quedó derrotado el último baluarte español en tierras de la América meridional. Las ideas revolucionarias adquirieron mayor fuerza, pero en cuestiones de frontera por mucho tiempo no habría avances significativos. La desarticulación de los grupos pro-realistas generó las condiciones apropiadas para que un año más tarde Juan Manuel de Rosas decidiera avanzar efectivamente sobre la línea de frontera sur. Si bien consiguió algunos logros, no alcanzó a quebrar el dominio indígena sobre los circuitos que seguían articulando al espacio fronterizo.

Después de José Antonio Pincheira, ya no quedaron en Neuquén caudillos con ascendiente semejante sobre las tribus indígenas. Sin embargo, algunos ex pincheirinos, de una forma u otra, siguieron ejerciendo cierta influencia sobre los grupos cordilleranos del este, provocando además serios inconvenientes en varias provincias argentinas. Tal es el caso de José Antonio Zúñiga, cabecilla chileno²¹ que había sido uno de los más fieles oficiales de la resistencia realista (Hux, 1992:185).

Cuando en 1831 Pincheira firmó el tratado del Carrizal con el gobierno de Mendoza, por el cual se comprometió a impedir que sus aliados organizaran nuevos malones, Zúñiga y otros integrantes de las montoneras estuvieron en desacuerdo y desertaron, alejándose del campamento de Varvarco. El gobernador de Buenos Aires Juan Manuel de Rosas, con la intención de neutralizar los movimientos de Pincheira, aprovechó la situación para tentar a Zúñiga ofreciéndole un indulto y la posibilidad de residir en las Salinas Grandes. Al mismo tiempo, Zúñiga también negoció con el general chileno Manuel Bulnes la entrega del último líder de la resistencia. En recompensa, las autoridades del país trasandino lo nombraron Comandante y Comisario de Frontera²² a cargo de todas las tribus aliadas al gobierno chileno.

El nombramiento de personajes como Zúñiga para ejercer la función de enlace entre las tribus y las autoridades criollas tiene sus raíces en la etapa colonial y fue mantenido por su eficacia en las primeras décadas de la república. Los llamados Comisarios de Naciones, Capitanes de Amigos y Tenientes de Indios, operaron como árbitros para la resolución de conflictos al interior de las tribus y como intermediarios entre la sociedad blanca y la india (Villalobos,1982:183-184). Desde su puesto de

²⁰Documentación transcrita por Doval, 1974: 247-248.

privilegio, Zúñiga tenía gran ascendiente sobre los caciques de ambos lados de la cordillera, a quienes aconsejaba y convencía para realizar ataques y robos a las haciendas de la Confederación Argentina.

Un caso semejante fue el del Capitán Domingo Salvo, otro ex pincheirino que fue indultado y puesto a cargo del fuerte de Santa Bárbara, que en la década de 1840 supo tener influencia sobre algunos caciques importantes del norte neuquino, como Purrán y Cristiano (Bengoa, 1985:191). Salvo alentaba a los indígenas a participar en numerosas entradas de pillaje y robo a las pampas argentinas. Además, capitaneaba un grupo de *cristianos* que comerciaban en las tolderías del unitario Baigorria,²³ con el que mantenía una buena amistad y del cual obtenía abundante ganado que ubicaba en el mercado trasandino. Un aspecto interesante de destacar es la existencia de la rivalidad entre estos dos ex-pincheirinos, porque tanto Zúñiga como Salvo se disputaban el control sobre los diferentes grupos indígenas "pues Zúñiga no gobierna los de Salvo, ni Salvo los de Zúñiga".²⁴ Ambos competían por lograr alianzas con los grupos indígenas que les posibilitaran obtener mayores beneficios políticos y económicos. Inferimos entonces que la alianza de Salvo con los caciques Purrán y Cristiano impedían a Zúñiga el libre tránsito de los animales maloneados por los pasos del norte neuquino.

Acerca de las redes desplegadas por estos intermediarios, encontramos información significativa en un sumario levantado en Mendoza en 1847 al Capitán de Amigos José María Surita, que había sido enviado al Fuerte San Rafael desde Chile por encargo del mismo Zúñiga, sumada a las declaraciones de varios testigos cristianos e indios.²⁵ La sospechosa presencia de Surita en tierras cuyanas y la posibilidad de que sedujera a toda la indiada del sur "para que no tengan paz con Mendoza ni con Salvo...",²⁶ preocupó a las autoridades locales y también al ministro de Relaciones Exteriores del gobierno de Buenos Aires, encargado de las Relaciones Exteriores de la Confederación Argentina, por lo cual se inició una investigación sobre el asunto y Surita fue apresado.

A la luz de esta documentación se corrobora la existencia de una fluida circulación de personas y arreos por los bajos pasos cordilleranos mendocinos y neuquinos y la demanda de buenas pasturas para el engorde de las haciendas. Pero, sobre todo, se infiere que dada la ausencia de fortines y de autoridades blancas en el territorio neuquino éste se habría convertido en un espacio codiciado para la comunicación entre ambas vertientes de los Andes y el sur de Mendoza. De allí que no resulta sorprendente que,

²¹Resulta difícil reconstruir su biografía. Según el historiador chileno Tomás Guevara, Juan Antonio Zúñiga había nacido en tierras de Arauco y pertenecía a una familia española; para otros era hijo del cacique Alcapán, por lo que no sería raro que fuera mestizo. Conocía muy bien la lengua de Chile y tenía buena inserción entre las tribus mapuches.

²²En los documentos de la época se lo nombra con diferentes grados militares: Capitán de Amigos, Sargento Mayor y Comisario General de Indios.

²³Manuel Baigorria, ex-soldado del general Paz, se refugió entre los ranqueles, tradicionales enemigos de Rosas. Fue considerado como un cacique entre los indios de las pampas.

para la década del cuarenta, algunos individuos con grado militar, dependientes del gobierno chileno y con gran ascendiente sobre las tribus indígenas de ambos lados de los Andes, como Zúñiga y Salvo, implementaran variadas estrategias para captar el apoyo y amistad de los caciques y eliminar así los obstáculos que pudieran frenar sus correrías en territorio argentino. En conclusión, vemos que el exterminio de las fuerzas pincheirinas no puso fin a los saqueos y robos a las haciendas, dado que continuaron entrando a Chile los conocidos arreos de miles de cabezas de ganado provenientes de las pampas, capitaneados por oficiales de la derrotada guerrilla que supieron potenciar su amplia experiencia en malones y negociaciones.

La persistencia de los malones en las pampas

A esa altura de los acontecimientos, tanto las autoridades de Mendoza como las de Buenos Aires no dudaban de que las autoridades chilenas conocían y hasta consentían el accionar de varias tribus amigas de indios moluches, que bajo el mando del Comisario Zúñiga se trasladaban a tierras argentinas en busca de ganados.

En el sumario comentado anteriormente se hace mención en reiteradas ocasiones a que varios caciques aliados de Chile pasaban la cordillera para robar haciendas con las que luego regresaban a sus tierras, vendiéndolas en los fuertes de San Carlos, Santa Juana, Nacimiento, Santa Bárbara y Los Ángeles, donde las ofrecían a los comerciantes del lugar²⁷ o se las confiaban a Zúñiga, pagándole una comisión.²⁸

Otras veces, los mismos comerciantes entraban a las tolderías, donde celebraban los conchabos, intercambiando añil, harina, bayeta, frenos y otros efectos por animales. Todos los compradores de ganado sabían que eran robados en las provincias argentinas ya que tenían las marcas de sus propietarios, diferenciándose claramente de los que eran criados por los indios que «son orejanos de marca y señal».²⁹ El cacique Cristiano testificó que en una oportunidad había llevado un arreo desde las pampas a Chile, vendiendo una parte de los animales a Don Juan Tagles, socio del presidente Bulnes en la estancia del paraje Las Canteras. Al tomar conocimiento de todas estas declaraciones, el Ministro encargado de las Relaciones Exteriores de la Confederación Argentina se comunicó con su par de Chile poniéndolo al tanto de los acontecimientos.

²⁴Sumario a José María Surita realizado en Mendoza en 1847. El documento original se encuentra en el Archivo Histórico de Mendoza, carpeta 123, documento 12 y transcripto en: *Anales del Instituto de Investigaciones Históricas*, Mendoza, Universidad de Cuyo, 1941, T I (en adelante *Anales del IHH*).

²⁵El Fuerte de San Rafael estaba en manos del Sargento Mayor D. José Antonio Rodríguez, quien desconfió de la presencia de Surita, comunicándole rápidamente los sucesos al gobernador de Mendoza D. Anselmo Segura.

²⁶Carta del 2 de diciembre de 1846, enviada por el Sargento Mayor Juan A. Rodríguez, desde la Fortaleza de San Rafael al Gobernador de Mendoza, alertándolo de que Zúñiga había enviado al Capitán Surita a conquistar toda la indiada del cacique Ayllal.

En un párrafo muy significativo le decía:

*“ El gobierno del infrascripto abriga la convicción de que tal compra y venta, si es cierta, habrá sido ocultada al Exmo. Señor General, la procedencia de dichos ganados. La providad y honradez característica y notoria del Ilustre Exmo. General Bulnes, no puede arrojar otra idea que la expresada a ese respecto”.*³⁰

Generalmente, los indios que iban a malonear a las provincias argentinas se reunían con los del unitario Baigorria en tierras ranqueles, quien junto al cacique Pic-hún realizaba incursiones en las haciendas de varias provincias para luego ubicarlos allende la cordillera. Como se dijo antes, el capitán Domingo Salvo tenía tratos con Baigorria, a quien le enviaba indios chilenos y algunos cristianos al servicio del gobierno trasandino para negociar en su campamento con vino, aguardiente, ropa, lanzas y pólvora por ganado vacuno, caballo y mular.³¹ El mismo capitán Salvo, en pago de algunos favores, le habría enviado una carga de municiones de guerra y algunos otros regalos.³² De esta manera, las provincias de la Confederación estaban a merced del ataque de grupos organizados desde Chile por individuos pertenecientes a la estructura del ejército, con la participación de grupos de la Araucanía a los que se sumaban tribus cordilleranas y pampeanas.

Para mediados del XIX, el saqueo, la circulación y, finalmente, la comercialización de los arreos en manos de indígenas y grupos de bandidos cristianos, dinamizaba la economía de la frontera surandina, perfectamente articulada a las demandas del mercado del Pacífico. Para esta época, comerciantes y hacendados chilenos no sólo tenían tratos comerciales con algunas tribus, sino que también muchos de ellos arrendaban potreros en el norte de Neuquén y sur de Mendoza, en donde invernan miles de cabezas de ganado que estaban al cuidado de los mismos indígenas como por personal armado proveniente de Chile (Debener, 1999:13-16).

Los hacendados requerían en particular del aval del cacique pehuenche Feliciano Purrán -dueño y señor del noroeste neuquino- para acceder a estas tierras. Este cacique constituyó una de las últimas jefaturas cuyo prestigio fue reconocido por las autoridades de ambos lados de la cordillera, siempre interesadas en negociar con el jefe que detentaba la soberanía de las apetecibles tierras cordilleranas. Purrán fue tradicionalmente un aliado del gobierno chileno y ya en las últimas décadas del siglo XIX se convirtió

²⁷Uno de los comerciantes más conocidos que realizaba trato con los indios, era un tal Vicente Roa según los testimonios del cacique Cristiano. Anales del IIIH: 473 Fs.512.

²⁸Dato tomado de la declaración de Juan Ignacio Paillalaf. Anales del IIIH: 484, Fs. 522.

²⁹Anales del IIIH: 483.

³⁰Nota enviada por el Ministro Felipe Arana fechada en Buenos Aires el 28 de octubre de 1847. Anales del IIIH: 459.

en un intermediario estratégico para garantizar la circulación de ganados pampeanos a los mercados chilenos.

La conquista de la frontera andina

A la llegada de las fuerzas expedicionarias de la Cuarta División al norte de Neuquén en 1881, existían dos establecimientos chilenos de cierta envergadura. Uno de ellos estaba ubicado en las lagunas de Epulafquen y su propietario era el inglés Enrique Price o Pray,³³ vecino de Chillán. Este hacendado había levantado amplios edificios en el lugar, con potreros que se caracterizaban por estar cercados con madera labrada y contaba con un buen número de campesinos y pastores. La presencia de cepos e instrumentos de tortura en esas instalaciones evidenciaba la crudeza de las relaciones laborales de aquellos tiempos.

El otro asentamiento estaba localizado en Varvarco, pertenecía al hacendado chileno Méndez Urréjola y contaba con una fuerza armada de 380 hombres y 100 campesinos que le levantaban las cosechas (Olascoaga, 1974:368-369). Éstos y otros hacendados que arrendaban tierras a los caciques pehuenches, subarrendaban a su vez a otros pobladores chilenos, llegando a concentrarse en Varvarco una población de por lo menos 600 personas (Varela y Biset, 1993).

Hombres influyentes y prestigiosos, muy ligados a la conducción política chilena, enriquecidos con la compra de ganados baratos, también engordaban sus animales en tierras que pertenecían al cacique Purrán y demás jefes picunches³⁴ que de él dependían. El mismo general Bulnes, antes de ser presidente de Chile, y el coronel del mismo apellido que se destacó durante varios años como jefe del regimiento de granaderos en la frontera de la Araucanía, *“arrendaban por medio de capataces habilitados, extensos campos a los caciques picunches, a quienes les compraban las haciendas que los indios arrebataban de nuestras estancias”*.³⁵

Las posibilidades laborales en estos campos favorecieron el desplazamiento de numerosas familias chilenas al este de la cordillera que se ofrecían como mano de obra en las haciendas, estimulando la formación de pequeños caseríos llamados «chilecitos» (Encina, 1959:259). Los habitantes de estos asentamientos mantenían estrecha comunicación con su tierra de origen y reconocían generalmente como autoridades a las del país trasandino. No sólo mantenían buenas relaciones con los indígenas del

³¹Información proporcionada por Vicente Lucero, cautivo de San Luis, quien se había fugado del campamento de Baigorria, en ocasión de la invasión que este caudillo hiciera sobre Rojas. Anales del IIIH, fs. 527 del sumario a Surita.

³²Datos obtenidos de las declaraciones del alférez Juan Seguel Fs. 508 vta. y Gregorio Domínguez., en Anales del IIIH, Fs.516.

³³En correspondencia mantenida entre el gobernador de Mendoza y el Mtro. de Relaciones Exteriores de Bs.As. en enero de 1846, se menciona la entrada de dos capitanes de amigos chilenos acompañados por un inglés que habrían sido interceptados por el cacique amigo Guzmané. Con respecto al inglés se dice *“... que*

lugar, sino que la mayor parte de ellos participaban en las correrías que se hacían sobre las fronteras, para luego comerciar el producto de los malones en el mercado chileno (Olascoaga, 1974:369).

Sin lugar a dudas, desde la etapa de la “guerra a muerte” hasta la campaña militar de 1879, Neuquén fue el espacio propicio para la práctica malonera que guerrilleros, bandidos comunes, capitanes de amigos y hacendados chilenos en colaboración con algunos caciques y sus conas, organizaban a las estancias y poblados de la frontera pampeana y cuyana, con la finalidad de apropiarse de animales vacunos, equinos y ovinos. Las demandas de ganaderos y comerciantes chilenos les aseguraban a los maloneros una fácil colocación de los arreos con destino final al valle central, a las haciendas fronterizas de Concepción o a los puertos de Talcahuano y Valdivia, por donde se exportaban derivados como cueros, sebo, cordobanes y carne salada.

En la época era bien conocido *"el comercio ilícito, que desde tiempo inmemorial hacen con las haciendas robadas por los indios, las provincias del sur de Chile, Talca, Maule, Linares, Ñuble, Concepción, Arauco y Valdivia"* (Olascoaga, 1974:76). La magnitud de este comercio llamaría la atención de dirigentes argentinos como Juan Manuel de Rosas primero y Julio Argentino Roca después, para llevar las fronteras hasta el río Negro con la intención de ponerle punto final a esta situación.

El funcionamiento del amplio espacio fronterizo de Araucanía, norpatagonia y las pampas siempre había estado supeditado al frágil equilibrio de los contactos interétnicos. Blancos e indígenas habían aprendido la conveniencia de mantener un status quo por encima de los conflictos, por eso la frontera indígena permaneció fortalecida hasta el último cuarto del siglo XIX dada la precariedad de los Estados nacionales, que aún no podían imponer su presencia ni cambiar la dinámica de estas regiones fronterizas. Este espacio en su conjunto da cuenta de un complejo juego de intereses, poderes, relaciones interétnicas y de la complementariedad de dos mundos diferentes, que podían convivir en la medida que cada uno lograra sus objetivos (Pinto Rodríguez, 1996). Esto nos permite explicar por qué ese mundo fronterizo logró sobrevivir a las reformas borbónicas y a las independencias de Chile y Argentina.

Desde la mirada de las elites gobernantes, la actividad malonera lesionaba directamente los intereses de los hacendados de la pampa húmeda como sector productivo del país ligado al comercio internacional por el Atlántico. La necesidad de suministrar materias primas a los países industrializados dentro de la división internacional del trabajo aceleró los proyectos del Estado para extender y consolidar el avance de la frontera sur. Desarticular el tráfico ganadero hacia Chile y ocupar las tierras del indio

venía a ver sus haciendas que las tenía en invernada en el punto de Marbarcú. Anales del IIIH: 220. Es probable que este inglés sea el mismo Price que arrendaba tierras en el lugar varios años después.

³⁴El gentilicio picunches hace referencia a “gente del norte”, usado en los partes militares para referirse a los pehuenches.

³⁵San Martín [1919] 1991: 137.

aún no sometidas a la soberanía nacional, fueron entonces los móviles imperantes para la ocupación militar del territorio pampeano y norpatagónico a partir de 1879. Con la campaña del General Roca, el Estado nacional logró un viejo anhelo de someter a los indígenas sobrevivientes, ocupando definitivamente las tierras del triángulo neuquino.

En pocos años, la expansión estatal se materializó en una organización político-administrativa mediante la instalación de fortines y el nombramiento de las primeras autoridades nacionales en el territorio neuquino. Sólo entonces el Estado nacional legitimó su condición de tal y la “civilización” comenzó a expandirse cubriendo las huellas de una “barbarie” pretendidamente superada, cuestión exaltada por la historia oficial.

Desde la mirada de los pueblos nativos, el avance militar sobre la frontera era un peligro inminente al que ya no podían enfrentarse en las condiciones favorables que habían existido hasta entonces. La ocupación militar de las tierras indígenas produjo la desarticulación de un extenso espacio que había estado cohesionado política, social y económicamente durante mucho tiempo. La baja poblacional fue drástica y los sobrevivientes fueron dispersados y corridos de sus lugares teniendo que readaptar sus vidas a las exigencias del orden estatal. Las sociedades indígenas del Neuquén perdieron su tradicional papel de intermediarias en las redes del intenso tráfico ganadero hacia Chile y esto les ocasionó profundas transformaciones.

Los cacicazgos dominantes de la última etapa, representados en la figura de Feliciano Purrán, Reuque Curá y Valentín Sayhueque, se derrumbaron luego de reiterados intentos de éstos por frenar la irrupción de las tropas en sus tierras. Estos tres caciques habían dominado el norte, centro y sur del territorio neuquino respectivamente. El poder que sustentaba cada uno de ellos había sido reconocido por las autoridades nacionales con las que supieron negociar acuerdos de paz. Pero las campañas militares en tierras patagónicas, entre 1879 y 1885, provocaron que estos caciques y su gente debieran abandonar definitivamente sus dominios.

La campaña del coronel Napoleón Uriburu logró apresar a Purrán en 1880, después de varios años en los que el cacique pehuenche había estado eludiendo negociar con las autoridades argentinas para no perjudicar sus tradicionales tratos con el gobierno y hacendados chilenos. Luego de ocho años de prisión, Purrán pudo escapar hacia Chile donde vivió hasta su muerte, ya muy anciano. Reuque Curá, hermano del cacique Calfucurá que dominaba en las pampas y con el que habían organizado malones a las estancias fronterizas, también logró huir hacia Chile. Sayhueque, en cambio, había optado por convertirse en aliado del gobierno argentino, razón por la cual durante los últimos años evitó comprometerse con otros grupos que daban malones y así poner en riesgo sus buenas relaciones con las autoridades.³⁶ Pero la campaña del General Villegas tuvo como objetivo capturar al jefe de los manzaneros, rompiendo las alianzas previas. Sayhueque huyó reiteradamente hasta que finalmente se rindió en 1885, obteniendo a cambio algunas tierras más al sur donde asentarse.

De esta manera se completó la total ocupación militar del espacio patagónico

y se quebró el férreo control territorial de los tres grandes caciques del Neuquén. Cada cacique había implementado su propia estrategia en defensa de sus tierras, pero la dominación del Estado ya estaba decisivamente en marcha.

Sin embargo, muchas de las tradiciones indígenas, como así la capacidad de resistir a las presiones externas, sobrevivieron a la barrera de la dominación impuesta en 1880, instalándose como el objetivo central a recuperar algo de la autonomía perdida. Las rastrilladas del norte y del sur siguieron vigentes ahora como sendas para la colonización y el “progreso”. Las poblaciones fronterizas mantuvieron una notable continuidad en las prácticas de intercambios y preservaron pautas culturales propias de una historia compartida que no pudieron quebrantar las políticas estatales. Frente a la nueva identidad que buscaron imponer los Estados nacionales en una frontera política como división cultural, aparece la perdurabilidad de interacciones previas (Bandieri, 2001). La perdurabilidad de los circuitos comerciales tradicionales entre Chile y Argentina que sobrevivieron a las respectivas conformaciones nacionales, al menos durante buena parte del siglo XX, motiva a pensar a las áreas andinas desde otra perspectiva.

Como planteamos al principio de este trabajo, el clásico corte temporal en 1880 ha impuesto una lógica simplista y parcial del proceso, ya que muestra sólo la visión de los vencedores. El siglo XIX fue básicamente de una transición entre la caída del sistema colonial y la organización de los Estados nacionales, y el protagonismo que tuvieron las sociedades indígenas en este complejo proceso va deslizándose lentamente al centro de la escena.

³⁶Julio A. Roca en un informe presentado en el Congreso Nacional en 1879 sostenía que "el único cacique que he creído merezca ser considerado por su conducta siempre fiel y la buena comportación de su tribu que no ha figurado en malones, es Sayhueque el de las manzanas...». En: Curruhuinca-Roux, 1986: 156.